



ESTUDIOS
de
FILOSOFÍA
3

IQUITOS, SEDE DE LA FILOSOFÍA. CRÓNICA DE UN EXITOSO CONGRESO NACIONAL

Miguel Giusti

Cuando hace dos años, al finalizar el V Congreso Nacional de Filosofía, se sometió a votación la sede del siguiente congreso, Julio Olórtegui, profesor de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana, sustentó la candidatura de su Universidad con un discurso apasionado, memorable y desconcertante. No nos habló allí primeramente de las bondades de su infraestructura universitaria, ni mencionó ante todo razones de orden académico, político o social en apoyo de su solicitud. De lo que nos habló fue de su tierra: de la anchura y la hermosura del Amazonas, de su cielo azul y su calor bochornosa, de la amabilidad y las buenas maneras de su gente, del paiche y la cocona... Y añadió que ese entorno bucólico era también materia de preocupación, por lo que valía la pena conjugar el entorno y la preocupación para realizar en Iquitos un congreso de filosofía dedicado a la reflexión sobre la naturaleza en peligro. Nos aseguró, en fin, que el Rector de su Universidad, el ingeniero José Torres Vásquez, ofrecía resueltamente el respaldo y la garantía institucional para la realización del evento.

Demasiado bello para ser verdad, pensaron muchos. Pero se equivocaron. El de Iquitos ha sido un congreso nacional muy exitoso en el que se reunieron armónicamente factores diversos, todos decisivos para que el evento cobrara importancia: el tema de nuestra relación con la naturaleza, siendo muy actual y filosóficamente muy denso, provocó una reflexión desde perspectivas filosóficas muy diversas; el entorno natural en que se llevaba a cabo la reunión no podía ser más propicio ni mejor vinculado al tema sobre el que debatíamos; la Universidad Nacional de la Amazonía estuvo realmente a nuestra disposición en esos días; la cantidad y la representatividad de los participantes ha sido muy alta, quizás la mayor de todos los congresos hasta hoy realizados; el programa del Congreso estaba muy bien diseñado y comprendía

también un paseo por el Amazonas y una estupenda fiesta de clausura en las orillas del río Nanay. Y además, durante todo el tiempo hubo dos personas que se multiplicaron de mil maneras para mantener el tinglado en funcionamiento, haciéndonos sentir que podíamos confiar plenamente en ellos: Julio Olórtegui, como Presidente de la Comisión Organizadora, y Alejandro Eléspuru, el Secretario General de la Universidad de la Amazonía, asistidos por un grupo eficiente y desinteresado de jóvenes profesores de San Marcos.

El Congreso contó con tres profesores extranjeros invitados: Jesús Mosterín, importante filósofo de la ciencia español actualmente investigador en la Universidad de Pittsburgh, y las jóvenes profesoras mexicanas Ana Rosa Sanz e Isabel Cabrera, miembros del prestigioso Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Mosterín era en cierto modo ya un conocido de todos, porque es la tercera vez consecutiva que asiste a un congreso peruano de filosofía. Es Mosterín un filósofo pequeñito y sagaz, muy informado, muy inteligente y muy discutiador, que viene al Perú porque está casi encariñado con esta comunidad filosófica que lo acoge con mucha atención. Su participación en el Congreso fue múltiple, en consonancia con la función central que se le había asignado: abrió el Congreso con una conferencia plenaria, intervino en un seminario de epistemología, debatió activamente en muchas de las sesiones plenarias y cerró el Congreso con unas palabras emotivas y una exhortación ética a respetar el entorno amazónico. Y, por si fuera poco, se dio también el tiempo para internarse en el Amazonas, naturalmente solo, para que el ruido humano no estorbara su pesquisa de explorador científico.

La conferencia de Mosterín, como la de muchos otros, versó sobre la relación del hombre con su

entorno natural. Este era el tema central del Congreso. Pero los conferencistas coincidieron no sólo en el tema, sino también en una suerte de idea intuitiva básica sobre el valor y la vulnerabilidad de la naturaleza para la vida humana, así como sobre la notoria demanda ética que de allí se deriva. Lo interesante fue justamente observar cómo esta misma idea básica fue siendo abordada desde perspectivas filosóficas diferentes, sin que se perdiera de vista el problema central ni la diferencia de la perspectiva con que se abordaba. El tema del Congreso logró unificar realmente la discusión.

Así, Mosterín, hombre de ciencia pura y racionalista clásico, enfocó el tema desde una perspectiva cosmológica: la naturaleza —sostuvo en su conferencia «Conciencia cósmica y autoconciencia»— es parte de un universo infinito e infinitamente complejo, al que la ciencia (nuestra autoconciencia) tiene un acceso muy limitado, aunque por cierto muy prometedor. Debemos desarrollar una «conciencia cósmica» que nos recuerde nuestra real ubicación en el entorno universal, y que nos permita incluso sentir admiración ante el grandioso espectáculo del universo, y placer en el ejercicio de la investigación que escudriña sus misterios. También de corte epistemológico, o lógico, fueron los enfoques de Julio Sanz y Luis Piscocoya, ambos profesores de San Marcos. Julio Sanz («Filosofía y ecología») se preguntó por la consistencia epistemológica de la ciencia de la ecología, a la que comparó con la oncología por su carácter multidisciplinario y por la urgencia de sus aplicaciones. Y destacó igualmente que en la ecología se plantean necesariamente preguntas éticas y de axiología de la ciencia que trascienden un enfoque meramente epistemológico. Fue justamente sobre la epistemología de la ética, por así decirlo, que trató la conferencia de Luis Piscocoya «Ciencia, verdad y ética», en la que trató de explicar el sentido adecuado que correspondería otorgar a la noción de verdad en el ámbito de la moral, por contraste con lo que es su uso adecuado en el ámbito de la ciencia y la filosofía.

Por su parte, Oscar Barreda, profesor de la Universidad de San Agustín de Arequipa, abordó el problema desde la perspectiva de las aplicaciones prácticas del discurso filosófico, buscando, como

lo viene haciendo desde hace años, una relación más estrecha con las organizaciones de profesionales que se ocupan cotidianamente de estos asuntos. En su ponencia «Consideraciones filosóficas en la relación hombre-naturaleza», centró su atención justamente en el análisis de los procesos y la documentación actualmente en curso entre las organizaciones ambientalistas, y mostró la necesidad de una mayor colaboración interdisciplinaria al respecto. Y, lo que Oscar Barreda representa como puente de la filosofía a la ecología, lo representa en sentido inverso, de la ecología a la filosofía, Heinrich Hellberg, de APECO, quien por su sólida formación en lingüística y filosofía, no sólo por su vasta experiencia como ambientalista, fue un valioso interlocutor en los debates del Congreso. En fin, David Sobrevilla, profesor de la Universidad de Lima, ofreció una conferencia con el título «Ética y ecología», en la que presentó una visión panorámica de la historia y las principales tendencias de ambas disciplinas.

Pero, la línea más importante de reflexión fue la de la crítica al paradigma moderno, científico, de comprensión de la naturaleza como espacio tecnológicamente manipulable. Esto era de esperarse, porque es sabido que la conciencia del deterioro de nuestro entorno natural está reñida con la utopía tecnológica de la civilización moderna. La conferencia más sugerente en este sentido —y, por cierto, una de las más comentadas del Congreso—, fue la de la profesora Rosemary Rizo-Patrón, de la Universidad Católica de Lima, con el título: «Conciencia ecológica y el hechizo de lo sensible: entre la percepción y el lenguaje». Rosemary Rizo-Patrón utilizó la noción de «mundo de la vida» de Husserl como clave de lectura de la historia de la ciencia en Occidente, una historia que parece justamente haberse construido sobre la base del rechazo de la sensibilidad. Es Husserl quien llama la atención sobre la pérdida de sentido para la vida que parecen sufrir las ciencias en la cultura contemporánea debido al modelo naturalista, objetivista y técnico-utilitario que pretenden poner en práctica. En la misma línea argumentó Antonio Peña Cabrera, profesor de San Marcos, en su ponencia «Ecología y racionalidad»: recordó allí el paradigma cartesiano de cosificación de la naturaleza, y extrajo consecuencias más amplias

aún sobre el concepto de racionalidad que ha querido imponerse desde entonces en los debates de la filosofía oficial, y que no logra dar cuenta de otras formas de existencia, como las de el hombre andino, que son, dicho sea de paso, bastante más consonantes con el entorno natural.

En este mismo marco, aunque con un enfoque más político y social, se ubican las ponencias de Juan Abugattás y de Raymundo Prado, ambos de San Marcos. Abugattás («¿Qué se puede esperar? Nota sobre el futuro») replanteó la pregunta de Kant en el contexto de la crisis ecológica y de globalización de la sociedad tecnocrática contemporánea. El tono de su exposición era el de la denuncia ideológica de los grandes relatos legitimadores de la actualidad, aunque siempre con la esperanza puesta en los planteamientos de una ética racional que corrija eventualmente la situación de dominación. Más cauteloso, y más personal, fue en su intervención Raymundo Prado, cuya conferencia causó también un impacto muy positivo en el auditorio. Su título: «Identidad y globalización culturales». Su reflexión: estamos aquí ante un discurso, el de la globalización, que, en buen marxismo, significa una forma ideológica, ilusoria, de percepción de los procesos internacionales de la actualidad. En este contexto convendría citar igualmente la intervención de José Carlos Ballón, también profesor de San Marcos e investigador de la historia del pensamiento peruano. Ballón encontró una pista sugerente en el texto del jesuita José de Acosta: *Historia natural y moral de las Indias*, en el que parece defenderse una suerte de «matriz naturalista de tipo teológico», una matriz jerárquica y racista, que parece haberse mantenido subrepticamente en muchos de los discursos que nos informan sobre nuestra identidad cultural. Y Teresa Arrieta, de la Universidad de San Agustín de Arequipa, planteó con mucha erudición el problema de la relación entre «Utopía y ecología»: examinó en detalle algunos modelos de pensamiento utópico y explicó en cada caso en qué medida el modelo era compatible con los requerimientos de una ética de corte ecológico.

Una mención especial merece la conferencia de Pepi Patrón, profesora de la Universidad Católica de Lima, sobre el tema de la ética «femenina». Este

no es en realidad un tema estrictamente «ecológico», pero es sí uno que expresa con mucha claridad el sentido que el «hombre» le otorga a sus relaciones con la naturaleza. Era pues una participación muy pertinente con respecto al tema del Congreso. Pepi Patrón se refirió a la historia de los prejuicios filosóficos naturalistas en contra de la mujer, y a la necesidad de replantear la relación entre los géneros prestando atención a la «voz diferente» (Gilligan) de la experiencia femenina. La discusión que siguió a su conferencia fue muy animada, pues el tema parece tener todavía algo de tabú y la gente en la sala veía en cierto modo alterada su visión más íntima de las cosas. Una visión íntima, en el sentido de una vivencia personal, fue lo que nos ofreció Luis Cueva, profesor anfitrión del Congreso: «¿Qué significa ser hombre? Una visión vivencial». Nos habló en primera persona, ofreciéndonos una meditación sobre el sentido de la experiencia humana en el contexto de la discusión moral de la ecología. Y Marcos Barboza, conocido por sus trabajos de estética aplicada y por su experiencia en la Universidad de Chiclayo, representó esta vez a la Universidad Privada de Iquitos con una ponencia sugerente e ingeniosa sobre «Iconografías, ambientalismo y temor».

El Congreso giró pues en torno al tema de la ecología, mostrando un abanico de perspectivas de enfoque y un acuerdo básico sobre algunas intuiciones centrales. Pero los congresos nacionales dan cabida igualmente a otros trabajos interesantes en otras áreas, y ello también ocurrió en Iquitos. Entre los más destacables se hallan, sin duda, las dos conferencias de las profesoras mexicanas invitadas, conferencias ambas impecables y rigurosas. La primera, de Ana Rosa Sanz, se ocupó, a modo de homenaje póstumo, de la teoría de los paradigmas de Thomas Kuhn, teoría que defendió bajo la forma de un «realismo interno». La segunda, de Isabel Cabrera, consistió en un análisis minucioso de la forma lógica del argumento trascendental para concluir, también en su caso, en que dicho argumento puede aspirar a validez sólo en el marco de un paradigma referencial. Las ponencias de las dos profesoras mexicanas fueron parte de un Seminario de Epistemología organizado por el equipo de profesores de la Universidad de Lima: Bernardo Regal, Hortensia Ferrand, Ricardo

Braun, Oscar Quesada, Walter Riofrío y David Sobrevilla. Todos ellos intervinieron también en el Seminario con ponencias específicas, y fueron además un equipo muy activo en las sesiones plenarias.

Otro de los momentos importantes del Congreso lo constituyó la conferencia de Zenón de Paz, joven profesor de San Marcos: «Hacer filosofía en el Perú». Zenón de Paz, haciéndose portavoz de un equipo de profesores sanmarquinos, editores de la revista *Yachay*, pronunció una conferencia apasionada, en tono de denuncia, sobre la ceguera de la filosofía universitaria en el Perú, que no habría sido capaz de atender a los verdaderos problemas nacionales ni de expresar el pensamiento que nos es propio. No es nueva esta crítica ni la demanda que ella expresa. Pero lo interesante es más bien advertir la persistencia de un malestar nacional que no llega a satisfacerse en los canales convencionales de expresión de la reflexión filosófica. En todo caso, Zenón de Paz abogó por poner solución a este problema atávico, convocando a la comunidad nacional en torno a una «agenda» de temas de debate.

Y hubo naturalmente también una gran variedad de temas de discusión en las sesiones simultáneas que se desarrollaban en las tardes. Muchas de ellas merecerían un comentario especial, porque es en esas sesiones más restringidas donde se expresan las tesis más originales, además de las más temerarias, por supuesto. Hay allí siempre un caos productivo que es fuente de ideas nuevas, y un entorno más propicio para que los participantes en el congreso intercambien libremente sus opiniones y sus preocupaciones. No es posible aquí hacer justicia a ese semillero de creatividad filosófica, pero es al menos posible dejar constancia de que lo hubo.

Hacía mucho calor en Iquitos durante el Congreso, pero poco a poco los «extranjeros» nos fuimos aclimatando y entendiendo lo que el Rector de la Universidad de la Amazonía nos dijera en una conversación informal: «Nosotros en Iquitos no tenemos aire acondicionado, no porque no podamos, sino porque no queremos tenerlo. Por dos razones: primero, por salud, porque si lo tuviésemos, en dos años andaríamos todos con problemas bronquiales;

y segundo, porque la gente que viene a Iquitos tiene que saber y experimentar cómo vivimos y trabajamos nosotros aquí. También nosotros nos morimos de frío cuando vamos a Lima, y a nadie se le ocurre ponernos calefacción». Cierto, muy cierto. Hemos aprendido, en todo caso, por si alguno no lo hubiese sabido ya de antemano, que en Iquitos se puede vivir y trabajar con calor, sí, pero con seriedad, con modestia, con mucha entrega y con un espíritu de colaboración nacional. Con el respaldo pleno de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana y de su Rector. Gracias a ello, el VI Congreso Nacional de Filosofía ha sido un éxito en todo el sentido de la palabra, éxito que la Pontificia Universidad Católica del Perú, que ha obtenido la sede del próximo congreso, debiera sin duda tratar de emular.